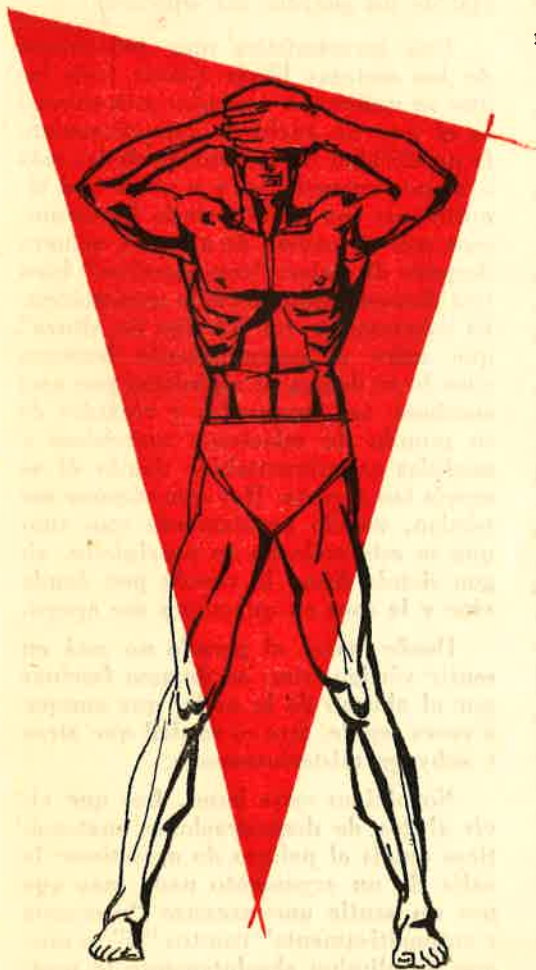


CARTA PRIMERA:

¿Se puede razonar la fe? Tu primera reacción ante la duda



**PARA LOS
MOMENTOS
DIFICILES
DE LA FE**

Querido amigo:

Empiezo hoy a contestarte, pero mucho me temo que no terminaré de esta sentada si quiero contestar a la mitad de las cuestiones que me propones. Me alegro muchísimo de que al fin hayas experimentado en tu propia carne —como un mordisco angustioso— la necesidad de conocer mejor y más a lo hombre toda nuestra Religión. Por eso es importantísima la cátedra de Religión —bien llevada, claro está— en todas las carreras; pues el equipo de ideas que bastan a un muchacho para sostener su fe, supuesto siempre el auxilio sobrenatural, se queda chico e insuficiente ante las exigencias críticas que se van desarrollando en el universitario a medida que amplía su cultura en terreno profano. Es indispensable continuar paralelamente los estudios religiosos, y profundizar con nuestra mentalidad adulta esos mismos argumentos y verdades que más elementalmente habíamos estudiado de niños. El desequilibrio entre madurez profana e inmadurez religiosa puede ser fatal, además de absurda.

Y vamos al grano. Me preguntas si hay peligro de escepticismo, y hasta de ateísmo en el pretender fundar racionalmente la fe, y por tanto, si es que hay que amordazar las últimas exigencias de la razón con un manotazo brusco y ciego.

Pues no, no hay peligro en querer *fundamentar* racionalmente la fe, aunque sí lo hay en querer *explicarla racionalmente*. Me explico: La fe es una aceptación del testimonio de Dios en favor de una serie de verdades. Esto es una cosa seria en sí misma y porque me embarca en una serie de obligaciones, responsabilidades, y también esperanzas eternas. Y antes de embarcarme he de estar seguro que Dios ha empeñado efectivamente su palabra en favor de

todas esas verdades. Esto sería fundamentar racionalmente la fe: estudiar los argumentos que prueban que Dios nos ha hablado así, y ver si son *suficientes* para eso, para embarcarme de un modo absoluto y definitivo, como exige la palabra de Dios.

Te he subrayado lo de "suficiente", y te aconsejo que tú también lo subrayes por tu cuenta y con lápiz bien rojo. En el mundo sobrenatural, como en las demás verdades conocidas analógicamente, nuestra razón se mueve algo torpemente, no está en su elemento. Aunque las razones y argumentos sean en verdad definitivos, no por eso se disparará automáticamente el asentimiento de nuestra razón, como se dispara al cabo de una elegante demostración matemática, que no sólo es suficiente para convencer sino que además es coaccionante o "necesitante", e. d. que no nos queda libertad para resistir a ese tipo de evidencias; mientras que, como te decía, en el mundo de lo sobrenatural los argumentos pueden ser "suficientes" para exigir con todo derecho un "sí" de nuestra razón, pero no arrancarán ese "sí" de un modo automático, sin que intervenga un consentimiento de la voluntad libre.

Por éso, estas certezas se llaman "certeza libre" (las otras se llaman "certeza necesaria"), y por eso mismo se explica el que la fe, con ser un acto intelectual, pueda ser meritorio y de gran valor religioso.

Y así también se explica el que ante unos mismos argumentos unos den el sí, y otros no lo den, según la buena o mala disposición de sus voluntades. Los judíos, por ejemplo, estaban ilusionados con un Mesías que empezara por devolverles su independencia política y grandeza terrena, y al ver que Jesús no iba por esos caminos, no lo quisieron reconocer, a pesar de que habían conocido y analizado muchos milagros de Jesús, como el del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro, y aún supieron la resurrección del pro-

pio Jesús gracias al testimonio imparcial de los guardas del sepulcro.

Una característica muy interesante de las certezas libres (sobre todo las que se refieren a verdades misteriosas) es el que no excluyen definitivamente la posibilidad de que surjan dudas más o menos angustiosas, y a veces casi simultáneas con un acto de fe firmísimo, cosa que no ocurre de ninguna manera después de haber "comprendido" bien una demostración de estilo matemático. Es exactamente un "vértigo de altura" que sufre el entendimiento humano cuando se dedica al alpinismo por esas cumbres, tan levantadas y alejadas de su mundo de relaciones numéricas y medidas experimentables donde él se movía tan a gusto. Hay que superar ese vértigo, viendo serenamente que aunque se esté rodeado de precipicios, sigue siendo firme la vereda por donde vine y la roca en que ahora me apoyo.

Desde luego, el pecado no está en sentir vértigo, sino en dejarse fascinar por el abismo de la nada, que aunque a veces repele, otra es verdad que atrae y subyuga misteriosamente.

No olvides estas bases. Los que vivís ahitos de demostraciones matemáticas tenéis el peligro de *desestimar* la valía de un argumento nada más que por no sentir que arrastre "necesaria y automáticamente" vuestro "sí", o porque no elimine absolutamente la posibilidad o el hecho de la duda subjetiva, es decir, sin fundamento objetivo serio, pero a pesar de todo aleteando dentro de nosotros. Os humilla demasiado el no poder ahuyentar esos murciélagos de vuestros diáfanos dominios.

En resumen: Fundamentar racionalmente la fe a base de argumentos que prueben "suficientemente" el hecho de que Dios ha hablado, no tiene peligro ninguno de ateísmo, sino que es cosa propia de gente que toma en serio la Religión.

En cambio, hay peligro cuando se condiciona la aceptación de las verdades (que ya sabemos han sido revela-

das) a la posibilidad de *explicarlas* racionalmente. Tan peligroso, que el simple hecho de limitar de antemano el campo de verdades "revelables" por Dios a lo que la razón humana pueda comprender y cuasi-dominar sin dejar ninguna dificultad en pie, ya es un pecado de soberbia bastante regularcito. Este fué el pecado de Europa en los s. XVIII y XIX, cuando en las Academias y círculos "ilustrados" vestía bien el Racionalismo y Deísmo (admitían sólo un Dios demostrado por la razón, pero ni revelación ni ninguna otra verdad sobrenatural).

Actitud bien diferente es la de intentar entender y penetrar "en lo posible" la verdad ya poseída como revelada por Dios, y por tanto incondicionalmente aceptada. Esa es precisamente la tarea que se trae entre manos al estudiar la Teología. Lo primero como es natural es deslindar cuidadosamente el *dato* revelado por Dios de las explicaciones complementarias que los pensadores católicos han ido añadiendo en el curso de la historia. No es que despreciemos estas explicaciones, pero no hay que tratarlas igual que a la palabra de Dios.

Una vez hecha esta delicada operación, y seguros ya de que tal o cual verdad está formalmente garantizada por Dios, entonces la miramos lo más de cerca posible para recibir mejor su significado y su mensaje, y deducir las consecuencias que se sigan en buena lógica.

Ya no importa rozarnos con dificultades marginales o asomarnos a misterios profundos. Entonces es cuando pal-

pamos más de cerca la grandeza de nuestro Dios junto a nuestra pequeñez.

Respecto a las dificultades planteadas alguna vez por el pensamiento heterodoxo, o incluso por los mismos teólogos católicos, nos portamos de esta manera: Si esas dificultades se refieren directamente a los mismos argumentos con que probamos que Dios haya revelado tal cosa, entonces no hay más remedio que resolverlas o conceder simplemente que no es seguro que Dios haya revelado tal cosa. Pero si este punto es incuestionable y la dificultad se refiere directamente a la verdad revelada por Dios (p. e. los misterios de Trinidad o Encarnación en sí mismos) entonces la cosa varía. Intentamos también resolverlas, pero ya con la firme tranquilidad de que se trata de una dificultad aparente, que sólo tiene razón de ser en la limitación de nuestra inteligencia frente a la infinitud de Dios. Y con esa seguridad de fondo, mantenida pese a la marejadilla superficial de las dudas subjetivas, que nacen subrepticia e involuntariamente al simple contacto con una dificultad de "aspecto terrible", les hacemos frente. Si podemos resolverlas, bien; si no, nos contentamos con hacer ver "que no se puede probar que haya contradicción entre los principios *evidentes* de la razón, y la verdad revelada por Dios". No es que ésto sea necesario, pues "a priori" sabemos que la verdad revelada no puede contradecir a la verdad descubierta con suficiente evidencia por la razón, puesto que una y otra vienen de Dios. Pero siempre resulta sabroso comprobar con las propias luces que esa neblina impe-

«La Santa Iglesia Católica igual que tolera pacientemente en ella a los que viven mal, arroja de sí a los que corrompieron la fe».

S. Isidoro

netrable para nosotros tampoco puede socavar la verdad revelada y aceptada con tanto respeto.

No sé si habrás tenido experiencias parecidas, pero yo recuerdo que los días de mar gruesa me gustaba especialmente pasear por la parte alta del morro de nuestro puerto. Una tras otra se iban relevando las olas en su afán de asaltar la escollera. Reventaban contra ella sin conseguir más que un ligero temblor y refrescarte la cara. Se siente la impotencia y pequeñez de uno ante el empuje de las olas. Yo no las podía contener ni deshacer, pero tampoco dudaba de la resistencia de mis rocas. Pues una emoción parecida cuando una vez seguro de que Dios ha revelado una verdad, se siente muy cerca el embate y las salpicaduras de las dificultades.

Tú, que no te dedicas al estudio de la Teología, no vas a la busca de dificultades, pero ellas muchas veces te buscarán y te encontrarán. Entonces ya sabes qué actitud tomar. ¿Se discute el que haya sido revelada tal o cual verdad? Bien; hay que salir de dudas, consultando a personas competentes en

el asunto sobre lo que decide de eso la Iglesia, que es la depositaria auténtica de la Revelación, como trataremos más despacio en otra carta. ¿Que se discuten las mismas verdades reveladas? También conviene saber la solución que haya para esas dificultades, pero ya sin perder la serenidad y la firmeza en la fe. Todo lo contrario, es un momento oportunísimo para maravillarnos y asombrarnos ante Dios. No todo va a ser asombrarnos únicamente ante los Robots y los satélites que tienen éxito.

No dejes pasar mucho tiempo sin consultar las dificultades. Si quieres, me las puedes proponer por escrito, y procuraría estudiarlas y resolverlas con mucho gusto sin salirme de mis ocupaciones. Por lo pronto iré preparando la respuesta a la otra dificultad que me proponías **SOBRE SI ERA LA IGLESIA O SON LOS EVANGELIOS QUIENES NOS TIENEN QUE DAR LA CLAVE PARA VER SI UNA VERDAD ESTA REVELADA POR DIOS O NO.** Hoy no puedo alargarme más, ni tú aguantarías.

Affmo. amigo

